

EL ETNA.

El día siguiente de nuestra llegada á Catania debíamos, como se recordará, intentar una ascension al Etna. Digo intentar, porque sobre los proyectos de los viajeros con respecto á aquella montaña, es á lo que especiaísimamente puede aplicarse el proverbio : El hombre propone y Dios dispone. Nada mas comun que las curiosas expediciones de Catania para trepar el Ghibello, como denominan el Etna en Sicilia; nada mas raro que las privilegiadas ascensiones que terminan en su cráter. Consiste en que durante nueve ó diez meses del año la montaña es verdaderamente inaccessible : hasta el 15 de junio es demasiado pronto, pasado el 1.º de octubre es demasiado tarde.

Bajo este punto de vista, estábamos en las condiciones apetecibles, porque habíamos llegado á Catania el 4 de setiembre; además, toda la mañana habia estado magnífica; ningun vapor, ninguna niebla ocultaba el Etna. Desde todos los caminos que conducen á él, le habíamos visto la vispera tranquilo y majestuoso. El humo ligero que se escapaba del cráter seguia la direc-

cion del viento, flotando como una banderola; en fin, el sol, que habíamos visto ponerse desde lo alto de la cúpula de los Benedictinos, se habia deslizado en un cielo sin nubes, y desaparecido detrás de la aldea de Aperno, prometiendo para el día siguiente uno no menos hermoso que el que acababa de pasar.

Así á las cinco de la mañana nuestro guía nos despertó anunciándonos hacia un día como dispuesto ex profeso para nuestro objeto. Nos aproximamos al punto á las ventanas, que daban al Etna, y vimos al gigante bañando su colosal cabeza en los suaves vapores de la mañana. Se distinguian perfectamente las tres regiones que es preciso atravesar para llegar á la cima; la region cultivada, la region de los bosques y la region desierta. Contra la costumbre, su cono estaba enteramente sin nieve.

Por lo regular es á las cuatro cuando se emprende la marcha, pero nosotros queríamos detenernos algunas horas en Nicolosi y visitar el Monte-Rosso, uno de esos cien volcanes secundarios de que se eriza la cumbre del Etna. Por otra parte, habia, segun me dijeron, en Nicolosi un tal señor Sellemaro, sabio, modesto y amable, que vivia allí hacia cincuenta años, y que tendria un placer en responder á todas mis preguntas. Habia pedido una carta para él; se me respondió que era inútil: su obligada hospitalidad se extendia á todo viajero que emprendia la ascension, siempre penosa y no menos peligrosa, que nosotros íbamos á intentar.

A las cinco, pues, despues de provcernos de una bo-

tella del mejor ron que pudimos hallar, montamos en nuestras mulas y partimos para Nicolosi, donde debian completarnos las provisiones. Ibamos cada uno en nuestro traje ordinario, tal que, á pesar de las recomendaciones de nuestro huésped, nada habiamos querido añadir, no pudiendo creer que despues de haber gozado de lleno de una temperatura para freir huevos, halláramos diez grados de frio en lo alto de la montaña.

No sé que haya nada mas bello, mas original, mas variado, mas fértil, ni mas salvaje á la vez, que el camino que conduce de Catania á Nicolosi, y que se halla cortado alternativamente por océanos de arena, oasis de naranjos, rios de lava, alfombras de mieses y murallas de basalto. Tres ó cuatro aldeas se hallan en el camino, pobres, miserables, estropeadas, pobladas de mendigos, como todas las aldeas de Sicilia; á pesar de todo, tienen nombres sonoros y poéticos que resuenan como nombres felices; se llaman Gravina, Santa-Lucía, Massanunziata; están edificadas sobre lava, construidas con lava sobrepuesta; salian, en toda la extension de la palabra, de la montaña, donde un dia volverán á entrar. Salen á la superficie cerca de aquel volcan, como pobres flores marchitas antes de nacer, y que un huracan debe arrebatár.

Entre Massanunziata y el monte Miani, á la derecha del camino, está la cueva de la Paloma. ¿De qué tiene origen ese dulce nombre dado á una excavacion negra, tenebrosa, de doscientos piés de profundidad y ciento cincuenta de ancho? Nuestro guia no supo decirnoslo.

Llegamos á Nicolosi, especie de pequeño arrabal edificado en los confines del mundo habitable. Dos ó tres millas antes de Nicolosi se comienza á atravesar una region asolada, y sin embargo, como una media milla mas arriba de Nicolosi, todavía se ven bonitos plantíos y una colina cubierta de viñedo. ¿Qué fuego interior reemplaza en parte al calor del sol, que ya á aquella altura empieza á disminuir? Este es tambien uno de esos misterios que el guia ignora y sobre los que el sabio viajero no puede decir palabra.

Nos apeamos en uno de esos chiribitiles que solo la Sicilia tiene la audacia de bautizar con el nombre de posadas, y como todavía era temprano, mientras preparaban nuestro almuerzo, enviamos nuestras cartas á Mr. Sellemaro, pidiéndole permiso para hacerle una visita. Mr. Sellemaro nos contestó que iba á ponerse á la mesa, y que si queríamos dividir con él su almuerzo, seríamos bien recibidos. Por mas que al aspecto del desayuno que nos aguardaba deseásemos aceptar tan gracioso ofrecimiento, tuvimos la prudencia de rehusarlo, y llevamos nuestra sobriedad hasta contentarnos con la comida de la posada. Era esta una accion meritoria, digna de ponerse en paragon con los mas rigurosos ayunos de los padres del desierto.

Terminado aquel miserable desayuno, mandamos á nuestro guia fuese en busca de un par de gallinas ó de media docena de pichones, les retorciese el pescuezo, los desplumase y los asase. Eran nuestras provisiones de boca para el almuerzo de la mañana siguiente: tomada esta precaucion, nos encaminamos hácia la casa de

Mr. Sellemaro, la mejor de toda la aldea : el criado estaba prevenido, y nos introdujo en el despacho, donde su señor nos aguardaba. Al ver á Mr. Sellemaro exhalé un grito de sorpresa á la que se mezclaba la alegría ; era el mismo que en Aci-Reale me habia indicado tan obsequiosamente el camino de la gruta de Polifemo.

— ¡ Ah ! sois vos, nos dijo al vernos, ya dudaba yo que no volviese á hallar antiguos conocimientos. Todo viajero que pone el pié en Sicilia me pertenece de derecho ; es preciso que pase por aquí, y yo lo atrapo al paso. ¿ Habéis encontrado vuestra gruta ?

— Exactamente, señor, gracias á vuestra amabilidad que venimos á poner de nuevo á prueba.

— Estoy á vuestras órdenes, señores, respondió Mr. Sellemaro haciéndonos señal de que tomáramos asiento ; y me atreveré á deciros que, si quereis noticias sobre el país, á nadie podíais haberos dirigido mejor que á mí.

En efecto Mr. Sellemaro habitaba hacia sesenta años la aldea de Nicolosi donde habia nacido, y la ocupacion de toda su vida habia sido observar el volcan, que tenia siempre ante sus ojos. Hacia sesenta años que la montaña no habia tenido un movimiento que Sellemaro no se hubiese puesto al punto á estudiarlo : el cráter no habia cambiado en el intervalo de veinte y cuatro horas de forma, sin que Mr. Sellemaro no lo hubiese dibujado con su nuevo aspecto : en fin, no se habia espesado ó volatilizado el humo una sola vez, sin que M. Sellemaro hubiese sacado de su espesor ó de su densidad augurios que el resultado no hubiese venido despues á

confirmar. En resúmen, Mr. Sellemaro es el Empédocles moderno ; solo que, mas sabio que el antiguo, espero se le enterrará con sus botines. Así, Mr. Sellemaro tiene la historia del Etna en la punta de los dedos. En el espacio de tres mil años no ha arrojado la montaña una bocanada de lava, de la que Mr. Sellemaro no tenga un pedazo ; nada hay, hasta la isla Julia, de que Mr. Sellemaro no tenga un fragmento.

Nuestros lectores, sin duda alguna, han oido hablar de la isla Julia, isla efímera que no tuvo mas que tres meses de existencia, es verdad ; pero que hizo tanto y mas ruido aun durante su paso á este mundo, como algunas islas que existen desde el diluvio. Cierta mañana del mes de julio de 1831, la isla Julia salió del fondo del mar y apareció en su superficie. Tenia dos leguas de circunferencia, montañas y valles como una isla verdadera ; tenia hasta una fuente, es verdad que era una fuente de agua hirviendo.

Apenas habia salido de las olas, pasó un navío inglés : cualquier sitio del mar donde aparezca un fenómeno cualquiera, en aquel momento pasa por allí un navío inglés. El capitán admirado de ver una isla en un sitio en donde su carta marina no señalaba ni aun una roca, puso el navío al paio, bajó á una chalupa y abordó á la isla. La reconoció situada á los treinta y ocho grados de latitud, que tenia montañas, valles y una fuente de agua hirviendo. Hizo le llevasen huevos y té, y almorzó cerca de la fuente ; despues, así que se desayunó, empuñó una bandera con las armas de Inglaterra, la implantó en la mas elevada montaña de la isla, y pronunció

I.

estas palabras sacramentales : « Tomo posesion de esta tierra en nombre de S. M. B. » Luego volvió á su navio, se dió á la vela, y tomó la vuelta de Inglaterra, á donde llegó con felicidad, anunciando que habia descubierto en el Mediterráneo una isla desconocida, que habia denominado Julia, en honor del mes de julio, fecha de su descubrimiento, y de la que habia tomado posesion en nombre de la Inglaterra.

Detrás del buque inglés habia pasado un buque napolitano, el cual no se admiró menos que el buque inglés. A la vista de aquella isla desconocida, el capitan, que era un hombre prudente, comenzó por cargar velas á fin de mantenerse á una respetuosa distancia. Luego cogió su anteojo y con ayuda de él reconoció que era una isla desierta que tenia valles y una montaña, y que en la cima de aquella montaña flotaba el pabellon inglés. Pidió al punto cuatro hombres decididos para hacer una exploracion. Presentáronse dos sicilianos, se metieron en una chalupa y partieron. Un cuarto de hora despues volvieron, trayendo la bandera inglesa. El capitan napolitano declaró entonces que tomaba posesion en nombre del rey de las Dos Sicilias, y la denominó isla de San Fernando en honor de su gracioso soberano. Luego volvió á Nápoles, pidió una audiencia al rey y le anunció que habia descubierto una isla de diez leguas de circunferencia toda cubierta de naranjos, limoneros y granados, y en la que habia una montaña tan alta como el Vesubio, un valle como el de Josafat, y un manantial de agua mineral donde podia crearse un establecimiento de baños mas considerable que el de

Ischia. Añadió, como de paso y sin detenerse en los detalles, que habiendo querido un navio inglés disputarle la posesion de aquella isla, habia echado á pique aquel navio, en prueba de lo cual, traía su pabellon. El ministro de Marina, que estaba presente á la audiencia, halló un poco ligero aquel proceder; pero el rey de Nápoles dió la razon toda entera al capitan, y le hizo almirante, y le condecoró con el gran cordon de San Genaro.

Al dia siguiente, se anunció en los tres periódicos de Nápoles que el almirante Bonacorri, duque de San Fernando, acababa de descubrir en San Fernando una isla de quince leguas de circunferencia habitada por una poblacion que no hablaba lengua alguna conocida, y por lo cual el rey le habia ofrecido la mano de su hija. Cada uno de aquellos periódicos contenia además un soneto á la gloria del intrépido navegante. El primero le comparaba á Vasco de Gama, el segundo á Cristóbal Colon y el tercero á Américo Vespucio.

En aquel mismo dia el embajador de Inglaterra pidió explicaciones al ministro de Marina de Nápoles por los rumores injuriosos para el honor de la nacion británica que comenzaban á propagarse, referentes á un navio inglés que el almirante Bonacorri pretendia haber echado á pique. El ministro de Marina respondió que habia oído hablar vagamente de una cosa semejante; pero que ignoraba cuál de los buques, el napolitano ó el inglés habia sido echado á pique. Lejos de contentarse con aquella explicacion, pretendió el enviado que habia insulto para su nacion tan solo en suponer que un

navío inglés pudiese ser echado á pique por otro buque cualquiera, y pidió sus pasaportes. El ministro de Marina lo puso en noticia del rey de Nápoles, que le mandó firmar todos los pasaportes que le pidiera el embajador, y por su parte, mandó escribiesen á su ministro residente en Londres que abandonase en el instante mismo la capital de la Gran Bretaña.

Sin embargo, el gobierno británico perseveró en la toma de posesion de la isla Julia, con su actividad ordinaria. Esta era la escala que buscaba hacia largo tiempo en la travesía de Gibraltar á Malta. Un antiguo teniente de fragata á quien faltaba una pierna, amputada en Aboukir, y que desde aquel tiempo solicitaba una recompensa cualquiera de los lores del Almirantazgo, fué nombrado gobernador de la isla Julia, y recibió la órden de embarcarse inmediatamente para tomar posesion de su gobierno. El digno marino vendió una tierrecita que habia heredado de sus antepasados, compró todos los objetos de primera necesidad para una colonizacion, montó la fragata el « *Dardo* » con su mujer y sus hijas, dobló el cabo de la Breña, atravesó el golfo de la Gascuña, pasó el estrecho de Gibraltar, entró en el Mediterráneo, costó el Africa, dejó atrás á Pautetiere, llegó bajo los treinta y ocho grados de latitud, miró á su alrededor, y no vió ya absolutamente nada de la isla Julia. La isla Julia habia desaparecido el dia anterior, y no he oido decir que nunca jamás tuviese nadie noticia de ella desde entonces.

Las dos potencias beligerantes, que habian hecho armamentos considerables, continuaron enseñándose las

garras durante diez y ocho meses; despues su indisposicion degeneró en una sonrisa falsa; en fin, cuando menos se pensaba se abrazaron, y todo concluyó.

Aquella querella, que duró un momento, y que en definitiva estrechó mas la amistad de las dos naciones destinadas á apreciarse, no tuvo otro resultado que la creacion de un nuevo impuesto en los reinos de las Dos Sicilias y de la Gran Bretaña.

Dejemos la isla Julia ó la isla Fernando, como se la quiera llamar, y volvamos al Etna, que podria suponerse muy bien el autor de aquella pesada chanza que faltó poco para que turbase la tranquilidad europea.

La palabra Etna es, segun pretenden los sabios, una palabra fenicia, que quiere decir, *monte del grande horno*. El idioma fenicio era, como se ve, del género de los que habla Covielle en el hidalgo de provincia, que expresaba tantas cosas en tan pocas palabras. Muchos poetas de la antigüedad pretenden que este fué el lugar donde se refugiaron Deucalion y Pyrrha durante el diluvio universal. Bajo este titulo, Mr. Sellemaro, que es natural de Nicolosi, puede ciertamente reclamar el honor de descender en línea recta de una de las primeras piedras que arrojaron desde entonces. Lo cual dejaria, á no dudarlo, bien lejos á los Montmorency, los Rohan y los Noailles.

Homero habla del Etna, pero sin designarle como un volcan. Pindaro le llama una de las columnas del cielo. Tucídides menciona tres grandes explosiones, desde la época de la llegada de las colonias helénicas,

hasta en la que él vivía. En fin, hubo dos erupciones en la época de Dionisio: desde entonces se sucedieron rápidamente, y en adelante se cuentan las mas violentas (1).

Desde la erupcion de 1781, el Etna no ha hecho alguna caprichosa tentativa de trastornar la Sicilia; pero como esos caprichos no han sido seguidos de consecuencias serias, es permitido creer, que lo que él ha intentado, ha sido tan solo por decoro propio, y por conservar su posicion de volcan.

De todas esas erupciones, fué una de las mas terribles la de 1669. Como esta erupcion partió del Monte-Rosso, y el Monté-Rosso no está mas que á media milla á la izquierda de Nicolosi, nos pusimos en camino Jadin y yo, para visitar el cráter, despues de haber prometido á Mr. Sellemaro volver á comer con él.

Es preciso saber, ante todo, que el Etna se tiene en mucho mas que los volcanes ordinarios, para que su proceder sea el mismo; el Vesubio, Stromboli, el Hecla mismo, derraman la lava desde lo alto de su cráter, como el vino se derrama de un vaso demasiado lleno; el Etna no se toma tanta pena. Su cráter no es mas que una especie de cráter de adorno, que se contenta con jugar á las bochas con rocas ígneas grandes como casas de las ordinarias, y que se siguen con la vista en su aérea ascencion, como se podria seguir una bomba

(1) Las principales erupciones del Etna tuvieron lugar el año 662 de Roma, y durante la era cristiana en los años 225, 420, 812, 1169, 1285, 1329, 1333, 1408, 1444, 1446, 1447, 1556, 1605, 1667, 1610, 1614, 1619, 1654, 1669, 1682, 1688, 1689, 1702, 1766 y 1781.

que saliera de un mortero; pero, entretanto lo mas fuerte de la erupcion se verifica realmente en otra parte. En efecto, cuando el Etna está en fermentacion, aparece entonces en su superficie, en uno ó en otro sitio, una especie de tumor del grueso de Montmartre; luego el tumor revienta, y sale de él un rio de lava que sigue en la pendiente, descendiendo, quema ó destroza todo lo que encuentra á su paso, y concluye por apagarse en el mar. Este procedimiento es causa de que el Etna esté cubierto de gran cantidad de pequeños cráteres que tienen la forma de inmensos haces de heno; cada uno de estos volcanes secundarios tiene su fecha y su nombre particular, y todos han hecho, en su tiempo, mas ó menos ruido, y mas ó menos estragos.

El Monte-Rosso está, como hemos dicho, en primera linea entre aquella aristocracia secundaria; este seria en cualquier otra vecindad que la de los Andes, de las Cordilleras ó de los Alpes, un lindísimo bosquecillo con sus novecientos piés de elevacion, es decir, tres veces mas alto que las torres de Notre-Dame. El volcan debe su nombre al color de las escorias térreas de que está formado; se sube á él por una pendiente bastante fácil, y al cabo de una media hora de ascencion, sobre poco mas ó menos, se encuentra el bordé de su cráter.

Es una especie de pozo ancho en el fondo como una vasija, y que presenta un aspecto completamente inofensivo y tranquilo. Aunque no tenga un camino practicable, se podria bajar á él, si se quisiera, con cuerdas; su profundidad vendrá á ser de doscientos piés, y su circunferencia de quinientos á seiscientos.

De esta boca, hoy muda y fria, es de donde salió en 1669 tal lluvia de piedras y cenizas, que durante tres meses oscureció el sol, y el viento la llevó hasta Malta. La violencia de impulsión era tal, que una roca de cincuenta piés de longitud fué lanzada á mil pasos del cráter de donde salió, y se hundió al caer veinte y cinco piés de profundidad. En fin, la lava apareció despues, subió en ebullicion hasta la boca, se derramó por los bordes por la vertiente meridional, y dejando Nicolosi á su derecha y Boriello á su izquierda, comenzó á correr no ya como un torrente, sino como un rio de fuego, cubrió con sus ardientes olas la aldea de Campo Rondo, de San Pietro y de Gigganeo, y fué á parar al puerto de Catania, arrastrando delante una parte de la ciudad. Allí comenzó una lucha horrible entre el agua y el fuego; la mar, rechazada al principio, cedió el puesto, y retrocedió un cuarto de legua, presentando á la vista del hombre sus profundidades. Los navios fueron abrasados en el puerto, pescados muertos de gran magnitud vinieron á flotar en la superficie del agua; luego, como furioso por la derrota, volvió el mar á atacar á la lava. La lucha duró quince dias; la lava vencida se detuvo, y del estado de fusion comenzó á pasar al estado de solidificacion. Durante otros quince dias, la mar hervia todavía, ocupada en enfriar aquella nueva costa que se veia obligada á aceptar; luego poco á poco cesó la fermentacion. Pero, la campiña estaba enteramente devastada, tres aldeas estaban arruinadas. Las tres cuartas partes de Catania estaban destruidas, y el puerto medio cegado.

De lo alto del Monte-Rosso ó mejor *Montes-Rossi* (porque la montaña se divide en dos cimas como el Vesubio) se ve este reguero de lava, largo de cinco leguas, ancho por algunos puntos de tres, y que casi dos siglos no han podido cubrir todavía mas que con dos pulgadas de tierra. Desde el punto en que yo estaba, á derecha é izquierda, delante y detrás de mí, en el horizonte que podia abarcar mi vista, contaba otras veinte y seis montañas producidas todas por erupeiones volcánicas, y semejantes en forma y altura á aquella sobre la que me hallaba.

Al dirigir la vista á mi alrededor, descubrí, al pié de otro volcan apagado, las ruinas del famoso convento de San Nicolás el Antiguo, donde el conde Weder habia sido tan bien recibido por Dom Gaetano: un sitio que conservaba tales recuerdos merecia á todas luces nuestra visita. Así que, apenas bajamos de los Montes-Rossi, nos encaminamos hácia el convento.

Es un edificio construido, segun Farello, por el conde Simon, hijo menor del normando Roger, el conquistador mas popular de toda la Sicilia, y conocido todavía hoy por todos los aldeanos bajo el nombre del *conte Ruggieri*. Algunos sabios pretenden que este monasterio está situado en el sitio que ocupó la antigua ciudad de Inesse; verdad es que otros pretenden que la antigua ciudad de Inesse se hallaba en el lado opuesto del Etna; ello es que sobre esto se han escrito por una y otra parte gruesos volúmenes entre los eruditos de Catania, de Taormine y de Mesina, y el hecho ha quedado un poco mas oscuro que antes; tantas y tan exce-

lentes pruebas ha presentado cada uno en apoyo de su opinion. A mi vuelta á Catania me preguntó uno de ellos qué pensaba sobre esto la Academia de Ciencias de París. Le respondí que la Academia de Ciencias, despues de haberse ocupado largo tiempo de aquella grave cuestion, habia reconocidó que debian existir dos ciudades de Inesse, edificadas á competencia la una de la otra, la una por los naxios y la otra por los sicanios de España; una en la vertiente meridional, y otra en la septentrional del monte Etna. El sabio se dió una palmada en la frente como si se sintiese iluminado por una idea nueva; corrió á su mesa, tomó la pluma, y empezó un volúmen que, segun he sabido despues, ha arrojado gran luz sobre aquella importante cuestion.

Aquel convento en donde, segun las intenciones de su piadaso fundador, debian los benedictinos estar sujetos á vivir expuestos á los primeros estragos del volcan que debian conjurar con sus oraciones, no es hoy mas que ruinas. Lo que se conserva mejor es la capilla y la famosa sala donde el conde de Weder, nuevo Fausto, asistió al satánico conciliábulo de Gaetano Mefistófeles. Una plataforma que domina el monasterio, no es otra cosa que una masa de lava dividida por profundísimas grietas, y desde lo alto de la cual se domina un anfiteatro de cráteres apagados.

Eran las cuatro de la tarde; debíamos comer á las cuatro y media con nuestro excelente huésped Mr. Sellemaro; por consecuencia tomamos el camino de su casa con tanta mas presteza, quanto que el almuerzo

nos habia abierto admirablemente el apetito para comer. Encontramos puesta la mesa; habíamos escogido precisamente ese momento pasajero y tan raro de acertar, en que no tiene uno que aguardar, y sin embargo, á nadie se ha hecho esperar.

Mr. Sellemaro era uno de esos sabios como á mí me agradan, sabios experimentadores que detestan toda teoría, y que no hablan sino de lo que han visto. Durante toda la comida, giró la conversacion sobre la montaña de nuestro huésped. Digo la montaña de nuestro huésped, porque Mr. Sellemaro está convencido de que el Etna es suyo, y se asombraria extraordinariamente si un dia S. M. el rey de las Dos Sicilias le reclamase de ella alguna cosa.

Despues del Etna, lo que Mr. Sellemaro encontraba de mas grande y bello, era Napoleon, ese otro volcan apagado que durante una irrupcion de catorce años ha causado tantos temblores de tronos y caidas de imperios. Su sueño dorado era poseer una coleccion completa de los grabados en que le habian representado; le hice que desistiera de ello, diciéndole que seria preciso cargar con ellos cuatro buques, y que no cabrian en el cráter de los Montes-Rossi.

Despues de comer, Mr. Sellemaro se informó de las precauciones que habíamos tomado para ascender al Etna: le respondimos que nuestras prevenciones se limitaban á la compra de una botella de ron y á dos ó tres pollos asados. Mr. Sellemaro echó una mirada á nuestros trajes, y viendo á Jadin con su vestido de pana y á mí con el de tela, nos preguntó alarmado si no

teníamos ni redingots ni capas. Contestamos que en aquel momento nada poseíamos absolutamente sino lo puesto.

— Hé aquí lo que son los Franceses, murmuró Mr. Sellemaro levantándose; no se embarcaría así un alemán ó un inglés. Esperad, esperad.

Y fué á buscar dos gruesos capotes con capucha, parecidos á los capotes de nuestros serenos, y nos los dejó, asegurándonos que no nos habíamos separado dos leguas de Nicolosi sin que hiciéramos honor á su prevision.

La conversacion se prolongó hasta las nueve de la noche; nuestro guia llamó á aquella hora á la puerta, llevando nuestras mulas. Le preguntamos si habia podido hacerse con alguna cosa para comer; nos respondió enseñándonos cuatro de esos miserables pollos como no se ven mas que en Italia: entre los cuatro no valian un buen pichon. Además habia comprado dos botellas de vino, pan, uvas y peras; con esto habia lo suficiente para dar la vuelta al mundo.

Montamos y nos pusimos en camino con una noche que nos pareció, saliendo de una habitacion bien iluminada, sumamente oscura; pero poco á poco comenzamos á distinguir el paisaje, gracias al resplandor de millares de estrellas esparcidas en el cielo. Al principio nos pareció, por lo que nuestras mulas se hundían en el terreno, que atravesábamos arenales. Pronto entramos en la segunda region, la de los bosques, si es que los escasos árboles, esparcidos, raquíticos y torcidos que cubren el suelo en parte, merecen el nombre de bosque.

Marchamos entre ellos cerca de dos horas, siguiendo confiadamente el camino por donde nos llevaba nuestro guia, ó mas bien nuestras mulas, camino que por lo demás, á juzgar por las continuas subidas y bajadas, nos pareció extraordinariamente quebrado. Hacia una hora que habíamos reconocido la verdad de la prevision de Mr. Sellemaro relativamente al frio, y nos habíamos puesto nuestros sacos de capuchon, cuando llegamos á una especie de casucha sin techo donde nuestras mulas se detuvieron por si mismas. Estábamos en la *casa del Bosco ó della Neve*, es decir, del Bosque ó de la Nieve, nombres que merece sucesivamente en el verano y en el invierno. Era nuestro lugar de parada, segun nos dijo nuestro guia. Por su indicacion nos apeamos y entramos. Estábamos á medio camino de la Casa Inglesa; mas, como dicen nuestros paisanos, habíamos comido el pan blanco lo primero.

La casa della Neve era como un prelude de la desolacion que nos esperaba mas arriba. Sin techo, sin ventanas y sin puertas, no ofrecia otro abrigo que sus cuatro paredes. Felizmente nuestro guia se había provisto de una hacha pequeña: nos trajo un haz de leña, encendimos un fósforo, é hicimos un gran fuego. Se comprende qué bien nos vendria, con decir que un termómetro de bolsillo que llevábamos habia descendido ya diez y ocho grados desde que salimos de Catania.

Encendido el fuego, nuestro guia nos propuso dormir y nos dejó entregados á nosotros mismos para cuidar de sus mulas. Procuramos seguir su consejo, pero estábamos despiertos como ardillas, y nos fué imposible con-

ciliar el sueño. Suplimos el sueño con algunos vasos de ron, y recordando á nuestros amigos de Paris, que en aquel momento estarían tomando su té, sin imaginarse siquiera que nosotros corríamos la caravana por los bosques del Etna. Esto duró hasta las doce y media, hora en que nuestro guía nos dijo si queríamos montar en las mulas.

Durante nuestro descanso, el cielo se había hermo-seado con la luna en creciente, que muy reducida, bas-taba, sin embargo, para alumbrar algo. Continuamos caminando todavía un cuarto de hora casi por en medio de los árboles, que iban disminuyendo de veinte en veinte pasos, y que concluyeron por desaparecer del todo. Acabábamos de entrar en la tercera region del Etna, y conocíamos por el paso de nuestras mulas cuándo pasaban sobre lava, cuándo atravesaban sobre cenizas, y cuándo pisaban una especie de musgo, única vegetacion que llega allí. Los ojos nos servían de muy poco; el suelo nos parecía mas ó menos colorado, y nada mas, sin que pudiésemos en medio de la oscuridad distinguir ningun detalle.

Sin embargo, á medida que subíamos, el frio era mas intenso, y á pesar de nuestros sacos, estábamos helados. Este cambio de temperatura habia suspendido la con-versacion, y cada uno de nosotros, concentrado en sí mismo como para conservar el calor, avanzaba silencio-samente. Yo iba el primero, y si no podia ver el terre-no sobre que marchábamos, distinguía perfectamente á nuestra derecha rampas gigantescas y picos inmensos que se alzaban como gigantes, y cuyos negros perfiles se

dibujaban sobre el oscuro azul del cielo. A medida que avanzábamos, aquellas apariciones tomaban aspectos mas extraños y fantásticos; comprendíase que la natura-leza no había creado así aquellas montañas, y que una prolongada lucha las habia dejado de aquel modo. Es-tábamos en el campo de batalla de los titanes; trepá-bamos por Pelion sobrepuesto á Osa.

Todo aquello era sombrío, terrible, majestuoso; veía y sentía la poesía de aquel nocturno viaje, y sin em-bargo, tenía tal frio, que no tenía ánimo para dirigirle la palabra á Jadin y preguntarle si todas aquellas vi-siones no eran el resultado del aletargamiento que yo experimentaba, y si no soñaba. De cuando en cuando ruidos extraños, desconocidos, que no se parecían á ninguno de esos ruidos que está uno acostumbrado á oír, salían de las entrañas de la tierra, que parecía en-tonces gemir y dolerse como un ser animado. Aquellos ruidos tenían algo de maravilloso, de lúgubre y de solemne que hacia estremecer. Muchas veces al oír aquellos ruidos, nuestras mulas se detenían de repente, aproximaban sus narices abiertas y humeantes al suelo; despues levantaban la cabeza relinchando tristemente como si quisiesen dar á entender que comprendían aquella gran voz de la soledad, y que no era por su vo-luntad por lo que venían á turbar sus misterios.

Sin embargo, continuábamos subiendo, y cada mi-nuto que pasaba el frio era mas intenso; apenas tenía fuerza para llevar la calabaza de ron á mi boca. Por otra parte, esta operacion era seguida de otra todavía mas difícil, y consistía en volverla á tapar; de tal mo-

do estaban mis manos heladas, que no tenia tacto, y mis piés tan pesados que me parecia tener atado un yunque al extremo de cada pierna. En fin, conociendo que me aletargaba cada vez mas, hice un esfuerzo sobre mí mismo, detuve mi mula, y eché pié á tierra. Durante esta evolucion ví pasar á Jadin sobre su mula. Le pregunté si no queria hacer lo mismo que yo ; pero sin responderme, meneó la cabeza haciendo un signo negativo, y continuó su camino. Al principio me fué imposible andar ; me parecia que ponía los piés desnudos sobre millares de espinas. Se me ocurrió la idea de apoderarme de mi mula, y la agarré por la cola, pero apreciaba demasiado la ventaja que la resultaba de ir desembarazada de su caballero, para que no procurase conservar su independencía. Apenas sintió el contacto de mis manos, me dió un par de coces, una pata me alcanzó al muslo y me lanzó diez pasos atrás. Mi guia acudió y me levantó.

No me habia roto nada ; además la conmocion habia restablecido algo la circulacion de la sangre ; no experimentaba casi ningun dolor, aunque por la caída se conocia perfectamente que el golpe habia sido violento. Púseme, pues, á andar, y me sentí mejor. Al cabo de cien pasos hallé á Jadin parado ; me aguardaba. La mula que se le habia aproximado sin mí y sin el guia, le habia indicado que acababa de sucederme algun accidente. Le tranquilicé y continuamos nuestro camino, él y el guia montados y yo á pié. Eran las dos de la mañana.

Marchamos tres cuartos de hora todavía por veredas ásperas y pendientes, despues nos hallamos sobre una

bajada suavemente inclinada, por donde atravesábamos de cuando en cuando grandes sábanas de nieve en las que me hundia hasta las rodillas y que concluyeron por cubrir todo el terreno. En fin, aquella sombría bóveda del cielo comenzó á palidecer, un débil crepúsculo iluminó el terreno sobre el que marchábamos, enviando un aire mas helado todavía que el que habíamos respirado hasta entonces. A aquella luz débil y pálida, distinguimos delante de nosotros alguna casa ; nos aproximamos á ella, Jadin al trote de su mula y yo corriendo á mas y mejor. El guia empujó una puerta y nos hallamos en la *Casa Inglesa*, edificada al pié del cono para el mas grande consuelo de los viajeros.

Mi primer grito fué para pedir fuego ; pero este era uno de esos deseos instintivos que era mas fácil tener que ver satisfecho ; los últimos límites del bosque están á dos leguas largas de la casa, y en los alrededores, enteramente invadidos por la lava, por las cenizas y la nieve, no hay una yerba ni un arbusto. El guia encendió una lámpara que halló en un rincón, cerró la puerta tan herméticamente como era posible, y nos dijo que nos calentásemos con nuestro propio calor, envolviéndonos en nuestros sacos, y comiendo un bocado mientras él conduciría las mulas á la cuadra.

Como lo mejor que podíamos hacer, era salir del estado de entorpecimiento en que nos hallábamos, nos pusimos á pasear precipitadamente Jadin y yo. Dentro de la casa el termómetro señalaba seis grados bajo cero ; era una diferencia de cuarenta y un grados con la temperatura de Catania.

Nuestro guía entró, trayendo un puñado de paja y ramas secas, que sin duda debíamos á la munificencia de algun inglés, nuestro predecesor. En efecto, sucede algunas veces que estos dignos insulares, siempre perfectamente instruidos con respecto á las precauciones que deben tomar, alquilan una mula mas y al atravesar el bosque la cargan de leña. Por poco anglómano que yo sea, es un consejo que daré á los que quieran hacer el mismo viaje. Una mula cuesta un duro, y á buen seguro hubiera yo dado de buena gana diez luises por un haz de leña.

El aspecto de aquel fuego, que debía durar tan poco, nos dió ánimo. Nos aproximamos á él como si hubiéramos querido devorarle, extendiendo nuestros piés hasta en medio de la llama; entonces, un poco desentumecidos, nos dispusimos á almorzar. Todo estaba helado, pan, pollos, vino y frutas; únicamente el ron habia quedado intacto. Devoramos dos pollos, como si hubiesen sido dos alondras; dimos el tercero á nuestro guía, y guardamos el cuarto para cuando tuviéramos gana. En cuanto á las frutas, parecia que mascábamos hielo; por tanto, bebimos un poco de ron en vez de postre y nos sentimos un poco confortados.

Eran las tres y media de la madrugada; nuestro guía nos recordó que teníamos que seguir por espacio de tres cuartos de hora por lo menos, y que si queríamos llegar á lo alto del cono á la salida del sol, no habia tiempo que perder.

Salimos de la Casa Inglesa. Se empezaban á ditinguir los objetos; al rededor de nosotros se extendia una

vasta llanura de nieve, del medio de la que, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados próximamente, se elevaba el cono del Etna. Por bajo de nosotros todo estaba en la oscuridad; solo al Oriente una ligera tinta de ópalo coloraba el cielo, sobre el que se destacaban vigorosamente las montañas de la Calabria.

Cien pasos mas allá de la Casa Inglesa encontramos las primeras oleadas solidificadas de una plataforma de lava, que dividia por medio con su color negro la nieve, del medio de la que salia como una isla sombría. Nos fué preciso subir por aquellas olas sólidas, saltar de una en otra, como habia hecho yo en Chamouny sobre el Mar helado, con la diferencia de que los agudos picos cortaban la suela de nuestros zapatos y nos desgarraban los piés. Aquel trozo, que duró un cuarto de hora, fué uno de los mas penosos de todo el camino.

Llegamos en fin al pié del cono, que aunque se elevaba mil trescientos piés por encima de la plataforma en que nos encontrábamos, estaba completamente sin nieve, ya porque la inclinacion fuese demasiado rápida para que la nieve se detuviese allí, ya porque el fuego interior que oculta no deja á los copos permanecer sin deshelarse en la superficie. Este cono es eternamente movable, cambia de forma á cada irrupcion nueva, ya hundiéndose en el antiguo cráter, ya apareciendo con un cráter nuevo.

Comenzamos á trepar esta nueva montaña, compuesta toda de una tierra incoherente mezclada de piedras que se escurrian bajo nuestros piés y rodaban por detrás de nosotros. Era tan rápida la pendiente en ciertos sitios,

que de pié sin inclinarnos, tocábamos la rampa con la extremidad de los dedos; por otra parte, á medida que ascendíamos el aire se enrarecía y se hacia cada vez menos respirable. Recordaba todo lo que me habia contado Balmat, respecto á su primera ascension al Monte Blanco y precisamente comenzaba á experimentar los mismos efectos. Aunque estábamos sobre poco mas ó menos á mil piés sobre las nieves eternas, y aunque debíamos subir todavía una altura de ochocientos piés, el saco que me cubria se me hacia insoportable y conocia la imposibilidad de llevarle mas tiempo; me pesaba como esas capas de plomo, bajo las cuales vió Dante, en la sexta reunion del infierno, encorvados los hipócritas. Le dejé, pues, tendido en el camino, no teniendo ánimo para llevarle mas lejos y dejando á mi gua el cuidado de cogerle al pasar; bien pronto hice lo mismo con el baston que llevaba en la mano y el sombrero que llevaba en la cabeza. Aquellos dos objetos que sucesivamente abandoné rodaron hasta la base del cono, y no se detuvieron hasta llegar al mar de lava, tan rápida era la pendiente. Por su parte veia á Jadin que se desembarazaba tambien de todo lo que su traje parecia ofrecerle de superfluo y de cien en cien pasos se detenía para tomar aliento.

Estábamos á un tercio de la subida próximamente, habíamos empleado como media hora para subir cuatrocientos pasos; el Oriente se iluminaba cada vez mas; el temor de no llegar á lo alto del cono á tiempo para ver la salida del sol, nos dió ánimo y volvimos á partir con nuevo impulso sin detenernos á mirar el horizonte in-

menso que á cada paso se ensanchaba bajo nuestros piés; pero cuanto mas avanzábamos, mas se aumentaban las dificultades; á cada paso la pendiente se hacia mas rápida, la tierra mas deleznable y el aire mas raro. Bien pronto á nuestra derecha comenzamos á oír mugidos subterráneos que llamaron nuestra atencion; nuestro guia marchó delante de nosotros y nos llevó á una hendidura de la que salia con gran estrépito y lanzada por una corriente de aire interior, una columna de humo espeso. Aproximándonos á los bordes de aquella grieta veíamos á una profundidad que no podíamos medir, un fondo incandescente, rojo y líquido, y cuando dábamos una patada en la tierra resonaba á la lejos como un tambor. Felizmente la tierra estaba perfectamente tranquila, que si el viento hubiese arrojado hácia nosotros aquel humo nos hubiese asfixiado, tan cargado estaba de un espantoso olor á azufre.

Después de un alto de algunos minutos al borde de aquel horno, nos volvimos á poner en camino, subiendo oblicuamente para mayor facilidad; empezaba á tener zumbido de oídos, como si la sangre fuera á salirme por las orejas, y el aire, que era cada vez menos respirable, me hacia alentar como si la respiracion fuera á faltarme de repente. Quise tumbarme para descansar un poco, pero la tierra exhalaba tal olor á azufre, que me fué preciso renunciar á ello. Tuve entonces la idea de ponerme la corbata por la boca, y respirar á través de la gasa; esto me alivió.

Sin embargo, poquito á poco habíamos llegado á las tres cuartas partes de la subida, y veíamos á algunos

centenares de pasos solamente por encima de nuestras cabezas la cima de la montaña. Hicimos un último esfuerzo, y medio de pié, medio á gatas nos pusimos á trepar aquel corto espacio, no atreviéndonos á mirar abajo por miedo de que se nos fuese la cabeza, tan rápida era la pendiente. En fin, Jadin, que estaba algunos pasos mas arriba que yo, dió un grito de triunfo; habia llegado, y se hallaba en el cráter; algunos segundos despues, estaba yo junto á él. Nos encontrábamos, literalmente hablando, entre dos abismos.

Una vez llegados allí, y no teniendo ya necesidad de hacer esfuerzos violentos, comenzamos á respirar con mas facilidad; por otra parte, el espectáculo que teníamos á la vista era tan seductor, que disipó nuestra incomodidad por grande que fuese.

Nos hallábamos en el cráter, es decir, al borde de un inmenso pozo de ocho millas de circunferencia, y novecientos piés de profundidad; las paredes de aquella excavacion estaban de alto abajo cubiertas de materias resquebrajadas de alumbre y azufre; en el fondo, á lo que se podia ver desde la distancia á que nos encontrábamos, habia una materia algo en ebullicion, y de aquel abismo subia un humo tenue y en espiral, semejante á una serpiente gigantesca que se sostuviese derecha sobre la cola. Los bordes del cráter estaban recostados irregularmente, y mas ó menos elevados. Nosotros estábamos sobre uno de los puntos mas altos.

Nuestro guia nos dejó un instante gozar de aquel espectáculo, agarrándonos, sin embargo, alguna vez por nuestros vestidos, cuando nos aproximábamos dema-

siado al borde, porque la tierra era tan resbaladiza, que podia faltar bajo los piés, y se reproduciria la chanzoneta de Empédocles; despues nos aconsejó separarnos veinte piés del cráter, para evitar todo accidente, y para que mirásemos á nuestro rededor.

El Oriente, cuyo color de ópalo que habíamos observado al salir de la Casa Inglesa, se habia cambiado en un rosa bajo, estaba en aquel momento todo inundado de los rayos del sol, del que se empezaba á descubrir el disco detrás de las montañas de la Calabria. Sobre los flancos de las montañas de un azul oscuro y uniforme, se destacaban, como pequeños puntos blancos, las aldeas y las ciudades. El estrecho de Mesina parecia simplemente un rio, mientras que á derecha é izquierda se veia el mar como un espejo inmenso. A la izquierda este espejo estaba manchado con muchos puntos negros: estos puntos negros eran las islas del archipiélago Lipariote. De cuando en cuando una de aquellas islas brillaba como un faro intermitente; era Stromboli que arrojaba llamas. Al Occidente todo estaba todavia en la oscuridad. La sombra del Etna se proyectaba sobre toda la Sicilia.

Durante tres cuartos de hora el espectáculo fué ganando en magnificencia. He visto salir el sol desde el Righi y desde el Faulhorn, esos dos titanes de la Suiza: nada es comparable á lo que se ve desde lo alto del Etna. La Calabria, desde el Pizzo hasta el cabo delle Armi, el estrecho desde Scyla hasta Reggio, el mar Tirreno y el mar de Jonia; á la izquierda, las islas Eolias, que parece que se tocan con la mano; á la derecha,

Malta que flota en el horizonte como un ligero nublado ; al rededor la Sicilia entera, á vista de pájaro, con su costa dentada por cabos, promontorios, puertos, crestas y radas ; sus quince ciudades, sus trescientas aldeas ; sus montañas que parecen colinas ; sus valles, que se crearían caminos carreteros ; sus rios, que parecían hilos de plata, como los que durante el otoño descienden del cielo sobre la yerba de los prados : en fin, el cráter inmenso, mugiente, lleno de fuego y de humo : sobre su cabeza el cielo ; bajo sus piés el infierno ; tal espectáculo nos hizo olvidar de todo, cansancio, peligro, sufrimiento. Admiraba yo con todo mi ser, sin límites, de buena fe, con los ojos del cuerpo y los del alma. Y á mas he visto á Dios tan cerca de mí, y por consecuencia tan grande.

Permanecemos así una hora, dominando todo el antiguo mundo de Homero, de Virgilio, de Ovidio y de Teócrito, sin que nos ocurriese á Jadin ni á mí coger un lápiz, tanto nos parecia aquel cuadro penetrar en nuestro corazon, y quedar grabado sin el auxilio de la escritura ó del dibujo. Despues echamos la última ojeada sobre aquel horizonte de trescientas leguas, que no abraza uno mas que una vez en su vida, y comenzamos á bajar.

A parte del peligro de rodar desde lo alto del cono, la dificultad de bajar no podía compararse á la de la subida. En diez minutos estuvimos sobre la isla de lavá, y un cuarto de hora despues en la Casa Inglesa.

El frio, siempre intenso, habia dejado de ser penoso ; entramos en la Casa Inglesa, para arreglarnos un poco,

porque, como hemos dicho, nuestro traje habia sufrido durante la ascension una porcion de modificaciones.

La Casa Inglesa, que la ingratitud de los viajeros concluirá por reducir al estado de la *casa della Neve*, es tambien un don precioso, aunque indirecto, de la filantropia científica de nuestro excelente huésped, Mr. Sellemaro. Hacia veinte años apenas que ya habia calculado qué inapreciable ventaja no seria para los viajeros que ascienden al Etna con el objeto de hacer experimentos meteorológicos, una casa en la que pudiesen descansar de las fatigas de la subida, y librarse del frio eterno que hace aquella region inhabitable. Por tanto, cien veces se habia dirigido á sus conciudadanos, ya de viva voz, ya por escrito, á fin de obtener de ellos para aquel objeto una suscripcion voluntaria ; pero todas sus tentativas habian sido sin resultado.

Hácia aquella época, Mr. Sellemaro tuvo una pequeña herencia ; entonces no recurrió á nadie, y edificó con sus propios medios una casa que abrió gratis á los viajeros. Esta casa está situada, segun su propio cálculo, confirmado por el de su hermano, á 9,219 piés sobre el nivel del mar. Un viajero reconocido escribió encima de la puerta estas palabras latinas :

*Casa hæc quantule Etnam perlustrantibus gratis-
sima.*

Y la casa fué llamada desde entonces *la Gratis-sima*.

Pero edificada *la Gratissima*, M. Sellemaro no habia

hecho sino lo que sus medios individuales le permitian hacer; es decir, habia ofrecido un abrigo al sabio. Esto no era bastante para él; quiso dar medios de estudio á la ciencia reuniendo en la casa todos los instrumentos necesarios para las observaciones meteorológicas que los viajeros de todas las partes del mundo iban diariamente á hacer allí. Era la época en que los Ingleses ocupaban la Sicilia. Mr. Sellemaro se dirigió á lord Torbes, general de los ejércitos británicos.

Lord Torbes no solo adoptó el proyecto de Mr. Sellemaro, sino que él mismo resolvió darle mas grande desarrollo. Abrió una suscripcion á cuya cabeza se inscribió por 71,000 francos. La suscripcion, patrocinada de este modo, llevó bien pronto la suma necesaria, y lord Torbes, cerca de la casita de Mr. Sellemaro, que hacia siete años que, como hemos dicho, se llamaba *la Gratissima*, hizo construir un edificio compuesto de tres habitaciones, de dos gabinetes, y una cuadra para diez y seis caballos. Esta casa, que era un palacio en comparacion de su miserable vecina, se llamó del nombre de sus fundadores

Casa inglesa ó Casa degli Inglesi.

Mientras se edificó esta nueva casa, Mr. Sellemaro que, gracias á los obreros, podia hacer venir todos los dias de Nicolosi las cosas que necesitaba, permanecia en la antigua, ocupado en hacer observaciones termométricas tres veces por dia. Segun estas observaciones, la temperatura media en el mes de julio, fué: por la mañana de + 3, 37; al medio dia + 7; por la noche

+ 5; término medio, + 4, 9; y en el mes de agosto, por la mañana + 2, 7; al medio dia + 8, 2, y por la noche + 3, 1; término medio, + 4, 7; el mas grande calor subió á — 0, 9. Estos experimentos, como hemos dicho, se hacian á nueve mil doscientos diez y nueve piés sobre el nivel del mar.

Hoy *la Gratissima* está convertida en ruinas, y la Casa Inglesa, destruida cada dia mas por los viajeros que pasan por allí, amenaza no ofrecerles muy pronto otro abrigo que sus cuatro paredes.

Despues de otro alto de un cuarto de hora, en cuyo tiempo despachamos nuestros pollos y el resto del pan, salimos de la Casa Inglesa, y nos hallamos sobre la plataforma, que sin duda por antifrasis, se llama el llano del Trigo. Estaba enteramente cubierto de nieve, á pesar de hallarnos en la estacion mascalorosa del año. Un rastro visiblemente trazado, indicaba el camino seguido por los viajeros. Nos separamos á la izquierda para ir á ver el valle *del Bue*. A cada paso que dábamos sobre aquella nieve intacta, nos hundíamos casi seis pulgadas.

El valle del Bue seria en la Opera una magnífica decoracion para el infierno de la Tentacion ó del *Diablo enamorado*. No he visto jamás nada mas triste ni mas asolado que aquel gigantesco precipicio con sus cascadas de lava negra, coaguladas en medio de su caída sobre aquel suelo incandescente. Ni un árbol, ni una yerba, ni un musgo, ni un ser animado. Carencia completa de ruido, de movimiento y de existencia.

A las tres regiones que dividen el Etna se podria cier-

tamente añadir una cuarta mas terrible que las otras ; la region del fuego.

En el fondo del valle se ven, á tres ó cuatro mil piés de profundidad, dos volcanes apagados que abren sus bocas paralelas. Se diria que eran dos madrigueras de topo. Son dos montañas de mil quinientos piés cada una.

Fueron necesarias todas las instancias de nuestro guia para separarnos de aquel espectáculo. Nada podia hacernos recordar que teníamos que andar treinta millas para volver á Catania. Por otra parte, Catania estaba allí; á nuestros piés; no teníamos mas que extender la mano y casi la tocábamos. ¿Cómo creer en aquellas diez leguas de que nos hablaba nuestro guia?

Volvíamos á subir en nuestras mulas y partimos. Cuatro horas despues estábamos de vuelta en casa de Mr. Sellemaro. Le habíamos dejado con un gran sentimiento de amistad; y le volvíamos á ver con un sentimiento de reconocimiento.

Y hé ahí, sin embargo, uno de esos hombres que los gobiernos olvidan, á quienes ni un recuerdo se les concede, ni un favor ó recompensa. Mr. Sellemaro no es ni aun corresponsal del Instituto. Es verdad que felizmente aquel bueno y querido Mr. Sellemaro no pasa por eso gran cuidado.

Estábamos de vuelta en Catania á las once de la noche, y á la mañana siguiente á las cinco de la madrugada nos dimos á la vela.

SIRACUSA.

Nuestra vuelta causó gran alegría á toda la tripulación. Si se exceptúa la cox que habia yo recibido de mi mula, lo que, á decir verdad, me causaba un dolor bastante vivo, el viaje habia terminado sin accidente. Todos los marineros nos besaron las manos como si, á la manera que Eneas, volviésemos de los infiernos. En cuanto á Milord, que desde la aventura del gato del óptico estaba, en lo posible, sujeto á bordo bajo la vigilancia de sus dos amigos Giovanni y Pietro, estaba en el colmo de la dicha.

El tiempo era magnífico. Desde la tempestad, no habíamos visto una nube en el cielo; el viento era de la Calabria, y nos empujaba como con la mano. La costa que bordeábamos estaba llena de recuerdos. A una legua de Catania algunas piedras esparcidas indicaban el sitio en que estaba situada la antigua Hibla; despues de Hibla está el Simete, que ha cambiado su antiguo nombre clásico por el de Giaretta. En otro tiempo, al decir de los antiguos, el Simete era navegable; hoy no admite la mas pequeña lancha. En cambio sus aguas,